

Comentarios del maestro 3

Parte I: Panorama general

Texto clave: 2 Crónicas 20:20

Enfoque de estudio: Santiago 5:17, 18; 1 Reyes 19:1–16; 1 Reyes 22:1–14; Éxod. 15:20; 2 Reyes 22:11–14; Jer. 14:1–15.

Introducción

La lección de la semana pasada trató sobre el llamado profético en sí; la lección de esta semana describe las características del don profético en el Antiguo Testamento como contexto para comprender el ministerio profético de Elena G. de White. Los libros proféticos del Antiguo Testamento ocupan una porción de la Biblia aproximadamente equivalente a todo el Nuevo Testamento. Sus mensajes fueron oportunos y significativos para sus diversas audiencias. Mucho podemos aprender de la experiencia de los profetas del Antiguo Testamento en sus ministerios y de cómo estas experiencias pueden ayudarnos a comprender el ministerio profético de Elena G. de White.

Parte II: Comentario

1. Aunque los profetas experimentaron un don extraordinario, seguían siendo humanos.

La tradición profética en el Antiguo Testamento comienza con Moisés, la fuente de la profecía bíblica. Moisés actuó como portavoz directo de Dios, mediando el pacto entre Yahvé e Israel e intercediendo por el pueblo (Éxod. 33:11, Deut. 34:10). Su relación única con Dios, hablando «cara a cara», estableció el estándar de la autoridad profética. Después de Moisés, Samuel formalizó el oficio profético, tendiendo un puente entre la era de los jueces y la monarquía. Como juez y profeta a la vez, Samuel sirvió como portavoz de Dios ante los reyes, ungiendo notablemente a Saúl y a David (1 Sam. 9:15–17, 1 Sam. 16:1–13), estableciendo el papel del profeta como voz guiadora y correctiva para los gobernantes de Israel.

Elías introdujo el papel de fiscal del pacto. A diferencia de Moisés, que a menudo intercedía por Israel, Elías confrontó directamente a la nación y a sus líderes, acusándolos de infidelidad al pacto. Su desafío en el monte Carmelo («¿Hasta cuándo vacilaréis entre dos opiniones? Si Jehová es Dios, seguidle; y si Baal, id en pos de él» [1 Reyes 18:21, RVR1960]) ilustra su papel de fiscal. Elías combinó mensajes de juicio con esperanza, llamando a Israel al arrepentimiento y a volver a Yahvé. Así, introdujo una nueva era que preparó el escenario para todos los profetas que vinieron después de él, quienes entregaron el mensaje profético a los reyes y al pueblo (véase Willem A. VanGemeren, *Interpreting the Prophetic Word* [Grand Rapids, MI: Zondervan, 1990], pp. 28–38).

A pesar de su autoridad divina, la humanidad de los profetas era evidente. Moisés dudó de su capacidad para hablar (Éxod. 4:10), Samuel lamentó el fracaso de Saúl (1 Sam. 15:35), y Elías se desesperó, incluso deseando la muerte tras las amenazas de Jezabel (1 Reyes 19:4). Estas luchas muestran que los profetas, a pesar de su llamado, seguían siendo humanos sujetos al temor, la duda y la agitación emocional. Este pensamiento nos recuerda la gracia de Dios al usar personas comunes para entregar mensajes extraordinarios.

2. Los profetas del Antiguo Testamento funcionaban según un patrón específico.

Deuteronomio 18:15–19 describe el papel de un profeta, enfatizando su función como mensajero elegido por Dios. Un verdadero profeta es llamado directamente por Yahvé, no por ambición personal. Este llamado divino es crucial, ya que el papel del profeta es hablar las palabras de Dios, no las suyas propias. Muchos profetas, como Moisés, Isaías, Jeremías y Amós, resistieron inicialmente su llamado, sintiéndose inadecuados o temiendo el rechazo. Sin embargo, fueron compelidos a hablar, describiendo a menudo la Palabra de Dios como una fuerza irresistible (Jer. 20:9).

Un verdadero profeta proviene de dentro de la comunidad del pacto, « "de entre tus hermanos" » (Deut. 18:15, RVR1960), asegurando una conexión con el pueblo de Dios. Aunque Dios puede hablar a través de cualquiera, como con la burra de Balaam (Núm. 22:28–30), típicamente levanta profetas desde dentro de Su comunidad fiel. Los profetas actuaban como mensajeros, transmitiendo los mandatos de Dios sin añadir opiniones personales. La palabra «mensajero» captura mejor este papel, ya que los profetas entregaban la palabra autoritativa de Dios, esperando que fuera obedecida (véase Eric J. Tully, *Reading the Prophets as Christian Scripture: A Literary, Canonical, and Theological Introduction*, pp. 58–62).

Para estudio adicional: Lea Edward J. Young, *My Servants the Prophets* (Grand Rapids, MI: Wm. B. Eerdmans Publishing Company, 1952), pp. 20–37.

3. Creer en los verdaderos profetas y distinguirlos de los falsos profetas.

El Antiguo Testamento proporciona criterios claros para distinguir a los verdaderos profetas de los falsos. El mensaje de un verdadero profeta debe cumplirse (Deut. 18:21, 22) y estar en conformidad con los mandamientos de Dios, promoviendo la adoración exclusiva de Yahvé (Deut. 13:1–5). Incluso si una señal o prodigio se cumple, un profeta es falso si lleva a la gente hacia la idolatría o se aleja del pacto de Dios. Los verdaderos profetas nunca contradicen la Palabra establecida de Dios; sus vidas personales reflejan santidad e integridad. Los falsos profetas, por el contrario, eran condenados por conducta inmoral (Jer. 23:14).

Los verdaderos profetas a menudo enfrentaban oposición y rechazo, ya que sus mensajes confrontaban el pecado y advertían del juicio, a diferencia de los falsos profetas que ofrecían palabras reconfortantes pero engañosas (Jer. 6:14). La autoridad de un verdadero profeta se confirma mediante profecías cumplidas, fidelidad a la ley de Dios, integridad moral, coherencia con la revelación previa y disposición a decir verdades difíciles, incluso cuando son impopulares.

4. Las mujeres desempeñaron un papel significativo en la manifestación del don profético en el Antiguo Testamento.

Hulda ejemplifica el papel significativo que las mujeres desempeñaron en la profecía del Antiguo Testamento. Durante el reinado del rey Josías, cuando el «libro de la ley» fue descubierto en el templo, Josías buscó guía divina. Consultó a Hulda, aunque Jeremías estaba activo en ese momento (2 Crón. 34:22). Esta elección resalta la autoridad y el respeto que Hulda tenía como verdadera profeta de Yahvé. Su mensaje, entregado en dos oráculos, transmitía juicio y esperanza. Ella confirmó que las maldiciones de Deuteronomio 28 caerían sobre Judá debido a la idolatría persistente (2 Crón. 34:24, 25). Aun así, Hulda aseguró a Josías que su humildad y arrepentimiento lo librarían de presenciar el desastre venidero (2 Crón. 34:26–28).

El papel de Hulda demuestra cómo las mujeres profetas fueron confiadas con mensajes divinos autoritativos que guiaban a los líderes de la nación. Aunque su profecía no introdujo nuevas verdades doctrinales, aplicó la Escritura existente a la situación actual, reforzando los principios del pacto de Dios sobre el juicio y la misericordia. El ejemplo de Hulda refleja el papel respetado que las mujeres podían tener en la transmisión de la profecía del Antiguo Testamento, sirviendo como mensajeras vitales de la verdad de Dios.

5. La experiencia del don profético de Elena G. de White tuvo muchas similitudes con los profetas del Antiguo Testamento.

La experiencia de Elena G. de White con el don profético comparte similitudes con los profetas del Antiguo Testamento. En su segunda visión en diciembre de 1844, previó las pruebas y la oposición que enfrentaría e inicialmente resistió el llamado. Sin embargo, las palabras «Da a conocer a otros lo que te he revelado» resonaban en su mente.—Elena G. de White, *Spiritual Gifts*, vol. 2, p. 36. Naturalmente tímida y reservada, estaba aterrorizada de compartir públicamente sus visiones. Buscó oración y ánimo de sus amigos, sintiéndose abrumada por la responsabilidad.

Durante una sesión de oración, relató una experiencia transformadora: «Mientras oraba, las densas tinieblas que me habían envuelto se disiparon; una luz brillante, como una bola de fuego, vino hacia mí, y cuando cayó sobre mí, mi fuerza fue quitada. Parecía estar en la presencia de Jesús y de los ángeles. De nuevo, se repitió: "Da a conocer a otros lo que te he revelado".»—Elena G. de White, *Spiritual Gifts*, vol. 2, p. 37. Aunque esta experiencia la animó grandemente, rogó por humildad, temiendo la autoexaltación, y se le aseguró que sería afligida con enfermedad si el orgullo surgía. Este momento solidificó su compromiso con el llamado de Dios.

A lo largo de su largo ministerio, Elena G. de White se describió a sí misma como una «mensajera», enfatizando su papel de transmitir los mensajes de Dios en lugar de ocupar un oficio específico. En 1903, escribió: «Desde el año 1844 hasta el tiempo presente he recibido mensajes del Señor y los he dado a Su pueblo. Esta es mi obra: dar al pueblo la luz que el Señor me da. Estoy comisionada para recibir y comunicar Sus mensajes. No debo aparecer ante el pueblo como ocupando ninguna otra posición que la de una mensajera con un mensaje.»—*Testimonios para la iglesia*, vol. 8, p. 237.

A pesar de su don extraordinario, Elena G. de White permaneció profundamente consciente de su humanidad. Sus luchas reflejaban las de los profetas bíblicos que enfrentaron temor, duda y sufrimiento en sus ministerios. Consistentemente evitó la autoexaltación, enfocándose en entregar fielmente los mensajes de Dios, incluso cuando le traían críticas o dificultades.

Tanto en el Antiguo Testamento como en la experiencia de Elena G. de White, el don profético fue un llamado profundo, a menudo acompañado de pruebas personales y profunda humildad. Aunque elegidos para una tarea extraordinaria, estos mensajeros permanecieron humanos, dependiendo de la fortaleza de Dios para cumplir su misión divina.

Parte III: Aplicación práctica

Las siguientes preguntas de aplicación práctica, extraídas del comentario de esta lección, se ofrecen para enriquecer la discusión de su clase. Elija entre ellas, y entre las de la lección, las que mejor involucren a su clase en una reflexión significativa.

1. Los profetas llamaban al pueblo a la fidelidad durante el declive espiritual. ¿Cuáles son algunas áreas hoy donde se necesitan voces proféticas?
2. ¿Cómo podemos cultivar un corazón que escuche y responda al mensaje de Dios, en lugar de resistirlo, como muchos en Israel lo hicieron?
3. En la vida de los profetas, ¿qué lecciones personales podemos encontrar respecto a la perseverancia, la fe y la obediencia al llamado de Dios?
4. Dios usa personas imperfectas para llevar a cabo Su misión divina. ¿Cómo afecta esta verdad nuestra manera de ver nuestras debilidades y limitaciones al servir a Dios?
5. Muchos profetas resistieron inicialmente su llamado, sin embargo, Dios los compelió a hablar. ¿Alguna vez se ha sentido llamado a hacer algo pero ha vacilado? ¿Qué le ayudó a avanzar?
6. Los falsos profetas en el Antiguo Testamento a menudo decían a la gente lo que quería oír en lugar de lo que necesitaba oír (Jer. 6:14). ¿Cómo podemos asegurarnos de buscar la verdad en lugar de solo mensajes reconfortantes?
7. Como Hulda, ¿cómo podemos aplicar la Palabra de Dios a nuestra situación presente y guiar a otros hacia la verdad?
8. Elena G. de White resistió inicialmente su llamado, mucho como lo hicieron Moisés y Jeremías. ¿Alguna vez ha sentido que Dios lo guía hacia algo fuera de su zona de confort? ¿Cómo respondió?
9. Elena G. de White se refirió a sí misma como mensajera en lugar de profeta, enfocándose en entregar los mensajes de Dios en lugar de reclamar un título para sí misma. ¿De qué maneras fue ella una mensajera? ¿Qué podemos aprender de su actitud de humildad en el ministerio?